

to, donde la tía me recomendara que entrase de rodillas, gimiendo y rezando, tuve que desprenderme á empujones de un vagabundo con barbas de ermitaño que se había colgado de mi chaqueta hambriento, terco, pediguño, ladrando que le comprásemos boquillas hechas con un pedazo del Arca de Noé.

—¡Aparta, animal!

De esta piadosa manera me precipité, con el paraguas goteando, dentro del Santuario sublime donde la cristiandad guarda el Túmulo de Jesús. Luego me detuve, sorprendido, sintiendo un delicioso y grato aroma de tabaco de Siria. En un amplio estrado, sobre tapices de Caramania y antiguos almohadones de seda, se reclinaban tres turcos, barbudos y graves, fumando en largas pipas de cerezo. En la pared tenían colgadas sus armas. Delante, un siervo, vestido de harapos, esperaba con una taza humeante de café en la palma de cada mano. Pensé que el catolicismo providente había establecido á la puerta del hogar divino una tienda de bebidas y aguardientes para esparcimiento de sus romeros. Dije á Potte en voz baja:

—¡Gran idea! Me parece que también yo voy á tomar un cafetito.

Pero luego el festivo Potte me explicó que aquellos hombres serios que fumaban en pipa eran soldados musulmanes, que custodiaban los altares cristianos para impedir que en torno del sepulcro de Jesús se agrediesen por superstición, por fanatismo ó por envidia de las limosnas los sacerdotes rivales que allí celebraban sus ritos opuestos. —Sacerdotes como el padre Piñeiro, sacerdotes ortodoxos para quienes la cruz tiene cuatro brazos, abisinios y armenios, coptos que descienden de los que en otro tiempo adoraron al buey Apis nestorianos venidos de Caldea, georgianos que vienen del mar Caspio, todos cristianos, todos intolerantes, todos feroces... Entonces saludé agradecido á los soldados de Mahoma, que para mantener el recogimiento piadoso en torno de Cristo

muerto, serenos y armados, velan á la puerta fumando.

Luego, pasamos delante de una lápida cuadrada, incrustada en las losas oscuras, reluciendo con tal dulce brillo de nácar, que parecía el agua quieta de un estanque donde se reflejaban las luces de las lámparas. Potte me tiró de la manga recordándome que era costumbre besar aquel pedazo de roca, santa entre todas, que, en otro tiempo, en el jardín de José de Arimatea...

—Ya sé... ya sé... ¿Beso, Topsisus?

—Vaya besando siempre—me dijo el prudente historiógrafo de los Herodes.—No se le pega nada y agrada á su señora tía.

No besé. En fila y callados, penetramos en una vasta cúpula, tan esfumada en el crepúsculo, que en el círculo de rosetones redondos en la altura brillaba como un aro de perlas en torno de una tiara. Las columnas que la sustentaban, finas y juntas como las lanzas de una guardia, cercaban las sombras en redor, entre cuyos velos brillaba la mancha bermeja y mortal de una lámpara de bronce. En el fondo se elevaba blanco y resplandeciente un sepulcro de mármol de florida labor. Le servía de dosel un antiguo paño de Damasco, recamado de áureos bordados, viejos y desvanecidos. Dos hileras de antorchas hacían un camino de luces funerarias hasta la puerta estrecha, cubierta por una colgadura color de sangre. Un padre armenio, que desaparecía bajo su amplio hábito negro, lo incensaba, mudo y adormecidamente.

Potte me tiró otra vez de la manga.

—¡El Sepulcro!

¡Oh, alma mía piadosa! ¡Allí estaba, al alcance de mis labios, el túmulo de Nuestro Señor Jesucristo!

Inmediatamente me abrí camino entre la turba ruidosa de frailes y de peregrinos, como un perro que busca á su dueño. ¡Yo buscaba un rostro blanco y sonrosado y una gorra con plumas de gaviota! Largo tiempo vagué aturdido. Tan pronto tropezaba con un franciscano ceñido con su cordón

de esparto, como me detenía ante un padre copto precedido por siervos que tañían las panderetas sagradas del templo de Osiris. Aquí tropezaba con un montón de ropajes blancos, caído en las losas como un fardo, del cual se escapaban gemidos de contrición; más adelante era un negro todo desnudo, estirado al pie de la columna, durmiendo plácidamente. A veces el clamor sagrado de un órgano resonaba, rodaba por los mármoles de la nave, moría con susurro de ola que se esparce; y luego, más lejos, un canto armenio, trémulo y ansioso, batía los muros austeros como la palpitación de las alas de un ave prisionera que quiere huir. El aroma del incienso era sofocador, y sacerdotes de cultos rivales me tiraban de la chaqueta para mostrarme reliquias rivales, heroicas ó divinas. Aquí las espuelas de Godofredo; allí un pedazo de caña verde, la caña que dieron por cetro burlesco á Jesús.

Aturdido, uníme á una procesión penitente donde me pareció columbrar, blancas y altivas, las dos plumas de gaviota. Un carmelita iba al frente murmurando la letanía, deteniéndose á cada paso ante la puerta de capillas cavernosas, destinadas á la pasión: la del *Improprio* donde el Señor fué flagelado; la de *Túnica*, donde el Señor fué desnudado. Después subimos, con antorchas en la mano, una escalera tenebrosa, abierta en la roca viva. Súbitamente, todo el tropel devoto se arrojó de rodillas, ululando, gimiendo, golpeándose el pecho, clamando por el Señor, lúgubre y delirante. Estábamos sobre la Piedra del Cavarío.

En torno, la capilla que la abriga, resplandecía con un lujo sensual y pagano. En el techo, de azul metálico, brillaban soles de plata, signos del Zodíaco, estrellas, alas de ángeles, flores de púrpura: de entre aquel fausto sideral pendían de hilos de perlas los viejos símbolos de la Fecundidad, huevos de javestruz, huevos sagrados de Astarté y del Baco de oro. Sobre el altar, elevábase una cruz rosa con un Cristo tosco y dorado que parecía brillar entre el color difuso de las luces, el

relampaguear de las alhajas y el humo de los aromas que se quemaban en taazs de bronce. En el suelo, en medio de aquella claridad preciosa de pedrería y luz, saliendo de entre las rocas de mármol blanco, se destacaba un pedazo de roca brava y granítica, con una huella alargada y pulida por largos siglos de besos y de sollozos beatos.

Un arcediano griego, de barbas escuálidas, gritó: — ¡En esta roca fué clavada la cruz! ¡La cruz! ¡La cruz! ¡Miserere! ¡Kirie-Eleyson! ¡Cristo! ¡Cristo!

Los rezos se precipitaron más ardientes entre sollozos. Un cántico doliente balanceábase con los incensarios. ¡Kirieleisón! ¡Kirieleisón! Y los diáconos pasaban rápidamente con grandes sacos de terciopelo, donde sonaban y caían confundidas las ofrendas de los humildes.

Huí de allí aturdido y confuso, el sabio historiador de los Herodes paseábase en el atrio con el paraguas abierto, respirando el aire húmedo. De nuevo nos acometió el bando hambriento de los vendedores de reliquias. Los repelí rudamente y salí del santo hogar como había entrado: en pecado y maldiciendo.

En el hotel, Topsisius recogióse pronto á nuestra habitación para registrar sus impresiones del Sepulcro de Jesús; yo quedé en el patio, bebiendo cerveza y fumando con el alegre Potte. Cuando subí, ya tarde, mi esclarecido amigo roncaba con la vela consumida y un libro abierto sobre la cama, un libro mío traído de Lisboa para recrearme en el país del Evangelio, *El hombre de los tres calzones*. Descalcéme las botas, sucias de lodo venerable de la Vía Dolorosa, pensando en mi Cibeles. ¿En que sacralísimas ruinas, bajo qué árboles divinizados por haber andado bajo su sombra el Señor, había ella pasado aquella tarde nebulosa de Jerusalem? ¿Habría ido al valle del Cedrón?

Suspiré amoroso y molido; é iba á meterme entre las mantas, cuando distintamente, á través del tabique fino, sentí un ruido de agua vertida en una bañera. Escuché alborozado. Luego, en el silencio

que envolvía á Jerusalem, me llegó perceptible el son leve de una esponja empapada en agua. Arrimé la oreja al papel de ramajes azules. Pasos blandos y desnudos pisaban la estera que cubría el pavimento de ladrillo. Así fui oyendo todos los rumores íntimos de un largo, lento, lánguido baño: el exprimir de la esponja; el fofó fregotear de la mano llena de espuma de jabón; el suspiro laso y consolador del cuerpo que se estira bajo la caricia suave del agua refrescada con una gota de perfume... Yo buscaba desesperadamente un agujero, una rendija del tabique... Otra vez cantó el agua corriendo de la esponja. Yo, temblando todo, creía ver las gotas lentas corriendo entre el cauce de aquellos dos senos duros y blancos que hacían estallar el vestido de sarga.

No pude resistir más. Descalzo, en calzoncillos, salí al corredor silencioso; y clavé en la cerradura de su puerta un ojo tan ardiente que casi recelaba herirla con la devorante llama de su rayo sanguíneo... Descubrí en un círculo de claridad una toalla caída en la estera, un ropón bermejo y un extremo del albo cortinaje de un lecho. Yo esperaba que ella atravesase desnuda y espléndida aquel disco escaso de luz, cuando sentí de repente abrirse una puerta casi detrás de mí. Era el barbazas en mangas de camisa y con el candelero en la mano. Yo, misérrimo Raposo, no pude escapar. El hércules, callado, con método, puso el candelero en el suelo y alzó su ruda bota de dos suelas desmantelándome las nalgas. Yo rugí:

—¡Bruto!

El murmuró:

—¡Silencio!

Y otra vez su bota bestial y de bronce me golpeó tremendamente caderas, nalgas, canillas; toda mi carne bien cuidada y preciosa. Después, tranquilamente, volvió á coger su candelero. Entonces yo, lívido, en calzoncillos, le dije con inmensa dignidad:

—Lo que á usted le vale es que estamos aquí, al pie del sepulcro del Señor y no quiero dar escán-

dalos por causa de mi tía... ¡Pero si estuviésemos en Lisboa, fuera de puertas, en un sitio que yo sé, le comía los hígados! Ni usted sabe de lo que se libró. ¡Cuidado con el hombre! ¡Le comía los hígados!

Y muy digno, cojeando, entré en mi cuarto á hacerme pacientes fricciones de árnica. Así pasé mi primera noche en Sión.

*

Al otro día, temprano, el profundo Topsisius fué en peregrinación al monte de las Olivas y á la fuente clara de Siloeh. Yo, dolorido, no pudiendo montar á caballo, quedé en el sofá, con *El hombre de los tres calzones*. Para evitar al afrentoso barbazas, no bajé al comedor, pretextando tristeza y cansancio. Sin embargo, al ponerse el sol en el mar de Tiro, ya me hallaba restablecido y vivaz. Potte había dispuesto para aquella noche una fiesta sensual en casa de Fatmé, una matrona que tenía en el barrio de los Armenios un dulce palomar de palomas. Nosotros íbamos allí para contemplar á la gloriosa bailadora de Sión, la *Rosa de Jericó*, y recrearnos con aquella danza de la *Abeja*, que encandila á los más fríos y deprava á los más puros...

La recatada puerta de Fatmé, adornada con un pie de viña seca, abríase á la sombra de un muro negro, junto á la Torre de David. Fatmé nos esperaba, majestuosa y obesa, envuelta en velos blancos, con hilos de corales entre las trenzas, y los brazos desnudos mostrando en cada uno la cicatriz oscura de un bubón de peste. Me tomó sumisamente la mano que llevó á su cabeza aceitosa y á sus labios empastados de escarlata, conduciéndome después ceremoniosamente ante una cortina negra, franjeada de oro como el paño de un ataúd. Me estremecí al penetrar en los secretos deslumbradores de un serrallo mudo y oliendo á rosas. Era una sala blanqueada de fresco. A lo largo de las paredes corría un diván revestido de seda amarilla, con

Reliquia—6

remiendos de seda más clara. Sobre un pedazo de tapiz de Persia había un brasero de latón, apagado, bajo el montón de cenizas. Allí quedara olvidada una pantufla de terciopelo estrellada de lentejuelas. Un bandolín dormía en un extremo entre almohadones. En el aire tibio vagaba un olor femenino de mirra y de benjuí. Por los ladrillos corrían algunas cucarachas.

Sentéme sesudamente al lado del historiador de los Herodes. Una negra de Dongola, encamisada de escarlata, con brazaletes de plata que chocaban á cada movimiento, vino á ofrecernos café aromático. Casi inmediatamente Potte apareció diciendo que no podíamos saborear la famosa danza de la *Abeja*. La *Rosa de Jericó* había sido llamada para bailar ante un príncipe de Alemania, llegado aquella mañana á Sión para adorar el Sepulcro del Señor. Fatmé apretaba con humildad el corazón, invocando á Alah y llamándose nuestra esclava. ¡Era una fatalidad! La *Rosa de Jericó* había sido para el príncipe rubio que viniera con caballos y con plumas, del país de los germanos.

Despechado, hice saber á Fatmé que yo no era un príncipe; pero que mi tía tenía muchas riquezas y que los Raposos privábamos por lo ilustre del linaje en el hidalgo Alemtejo. Si *Rosa de Jericó* estaba ajustada para regocijar mis ojos católicos era una desconsideración haberla cedido al hidalgo con coraza, llegado de la hereje Alemania.

El erudito Topsisius gruñó, alzando la nariz con petulancia, que Alemania era el más espiritual de los pueblos.

—El brillo que sale del casco alemán, don Raposo, es la luz que guía á la Humanidad.

—Sebo para el casco alemán. A mí nadie me guía. Yo soy Raposo, de los Raposos de Alemtejo. Nadie me guía, sino Nuestro Señor Jesucristo... Además, en Portugal, hay grandes hombres como en Alemania, Alfonso, Enriquez, Herculano.

Me alcé amenazador. El sapientísimo Topsisius temblaba encogido. Potte acudió:

—¡Paz, cristianos y amigos, paz!

Topsisius y yo nos sentamos después en el diván teniendo apretadas las manos gallardamente y con honra.

Fatmé, en tanto, juraba que Alah era grande y que ella era nuestra esclava. Si nosotros queríamos entregarle siete piastras de oro, ella en compensación de *Rosa de Jericó*, nos ofrecía una joya inapreciable, una circasiana, más blanca que la luna llena, más airosa que los lirios que nacen en Galgalá.

—¡Venga la circasiana!—grité excitado.—¡Larga esas piastras, Potte! ¡Caramba, quiero regalar la carne!

Fatmé salió andando de espaldas. El festivo Potte sentóse entre nosotros, abriendo su bolsa perfumada de tabaco de Alepo. Entonces, una puerta blanca, sumida en el muro enlucido, rechinó levemente, y una figura entró, velada, blanca, vagarosa. Amplios calzones turcos de seda carmesí caían con languidez desde su cintura ondulante, hasta los tobillos donde se plegaban sujetos por una liga de oro; sus pies apenas se posaban albos y alados en las chinelas de tafilete amarillo; á través del velo de gasa que envolvía su cabeza, el pecho y los brazos, brillaban recamos de oro, fulguraban joyas, y centelleaban las dos estrellas negras de sus ojos. Me desesperé, entumecido de deseo.

Detrás de ella, Fatmé, con la punta de los dedos, alzóle el velo, lenta, lentamente, y de entre la nube de gasa surgió una carota color de queso, cadavérica, nariguda, con un ojo bizco y los dientes podridos que negreaban en la languidez necia de la sonrisa. Potte se levantó del diván injuriando á Fatmé: ella gritaba por Alah, golpeándose en los senos que sonaban blandamente como odres medio vacíos.

Desaparecieron empujándose, arrastrados por una ráfaga de ira. La circasiana, con su sonrisa pútrida, se acercó extendiendo la mano y pidiéndonos «presentes» con una voz ronca del aguardiente.

La rechazé con enojo. Ella llevóse una mano á la cadera, y recogióse tranquilamente su velo, salió arrastrando las chinelas.

—¡Oh, Topsisus; esto me parece una burla!

El sabio hizo consideraciones sobre la voluptuosidad. Yo me sentía feroz, con deseos de romper el bandolín.

—Esto no puede tolerarse. Si estuviéramos en la calle del Arco de Bandeira, á esta Fatmé ya le habría roto los dientes.

Potte apareció atusándose los bigotes, diciéndonos que por nueve piastras más Fatmé consentía en mostrarnos aquella secreta maravilla, una virgen de las márgenes del Nilo, de la alta Nubia, bella como la noche más bella de Oriente. Potte la había visto y afirmaba que valía el tributo de una fértil provincia.

Frágil y liberal, cedi.

De nuevo rechinó la puerta, y sobre la blancura de la cal, destacóse en su desnudez color de bronce, una espléndida mujer, hecha como una Venus. Durante un momento, se detuvo muda, asustada por la luz y por los hombres. Los cabellos hirsutos, lustrosos de aceite, entrelazados con zequíes de oro, le caían sobre el dorso como una selva; un hilo suelto de cuentas de vidrio se enroscaba en torno del pescuezo y corría entre los senos rígidos, perfectos y de ébano. De repente lanzó un largo plañido: ¡*Lu, lu, lu, lu, lu!* Y se echó de bruces sobre el diván. Estirada, en la actitud de una esfinge, quedó asaeteando sobre nosotros, seria é inmóvil, sus grandes ojos tenebrosos.

—Mire—dijo Potte dándome de codos.— Repare qué cuerpo. Repare qué brazos.

Y Fatmé, con los ojos en blanco, chillaba besos en la punta de los dedos, expresando los deleites trascendentales que debía producir el amor de aquella nubia. Ciertamente que por la persistencia de su mirada la habían seducido mis fuertes barbas. Me acerqué lentamente como á una presa segura. Sus ojos se abrían inquietos y fascinantes. Gentilmente, llamándola *paloma mía*, le acaricié el hom-

bro frío. Al contacto de mi piel blanca, la nubia retrocedió con un grito ahogado de gacela herida. Aun cuando aquello no me agradó quise mostrarme amable; pero ella no comprendía mi lengua. En sus ojos, fluctuaban la añoranza de su aldea nubia, los rebañíos de búfalos que duermen á la sombra de los tamarindos, del gran río que corre eterno y sereno entre las ruinas de las Religiones y las tumbas de las Dinastías.

Imaginando despertar su corazón con la llama del mío, la atraje lascivamente. Ella huyó, refugiándose en un rincón toda temblorosa; y dejando caer la cabeza entre las manos, comenzó á llorar largamente.

—Esto es un robo—grité indignado.

Y calándome el casco de corcho, salí desgarrando casi en mi furor, la cortina negra, franjeada de oro. Paramos en una celda con pavimento de ladrillos, donde olía mal; y allí, bruscamente, entre Potte y Fatmé, surgió una ruda contienda sobre la paga de aquella radiante fiesta del Oriente: ella reclamaba todavía siete piastras de oro: Potte, con bigote erizado, le escupía injurias en árabe, rudas, violentas, que parecían entrechocarse como cantos que se despeñan en un valle. Salimos de aquel lugar de deleite perseguidos por los gritos de Fatmé, que agitando los brazos marcados de la peste nos maldecía y maldecía á nuestros padres, y á nuestros abuelos, y á la tierra que nos criara, y al pan que comíamos, y á las sombras que nos cubriesen. Después, en la calle negra, dos perros nos siguieron mucho tiempo ladrando lúgubremente.

Entré en el Hotel del Mediterráneo suspirando por mi tierra risueña. Los goces de que me veía privado en aquella lóbrega y enemiga Sión, me hacían ansiar más inflamadamente aquellos que me daría la fácil y amable Lisboa cuando, muerta la tía, heredase su hermosa bolsa de seda verde... ¡Entonces no encontraría en los corredores silenciosos una bota severa y bestial! Entonces, ningún cuerpo bárbaro huiría con lágrimas la caricia de

mis manos. Dorado por el oro de la tía, mi amor no sería jamás ultrajado ni mi concupiscencia jamás rechazada. ¡Dios mío, si con mi santidad consiguiese cautivar á mi tía!... Aquella noche escribí á la hedionda señora esta carta tiernísima:

«Querida tía de mi corazón: Cada vez me siento con mayor virtud. Cosa que yo atribuyo al agrado con que el señor está viendo esta visita mía á su Santo Sepulcro. De día y de noche paso el tiempo meditando en su divina Pasión y pensando en mi querida tía. Ahora mismo vengo de la Vía Dolorosa. Es una calle tan bendita, tan bendita, que hasta tengo escrúpulo de pisarla con mis botas: el otro día no me contuve y me incliné besando las piedras. Esta noche la pasé casi toda rezando á Nuestra Señora del Patrocinio, que todo el mundo aquí en Jerusalem respeta muchísimo. Tiene un altar muy lindo; aunque, á este respecto, cuánta razón tenía usted cuando decía que para fiestas y procesiones no hay como nosotros los portugueses.

«Esta noche, estando en la capilla de Nuestra Señora del Patrocinio y después de rezarle seis salves, levantando los ojos á la Santa Imagen le dije:—¡Ay, quién me diera saber cómo está mi tía, la señora doña Patrocinio de las Nieves!— Y querrá usted creerlo, tía? Pues la imagen, con su divina boca, me repuso estas palabras textuales que, para no olvidarlas, escribí en el puño de la camisa:—Mi querida ahijada va bien, Raposo, y espera hacerte feliz.—Y no crea que esto es un milagro extraordinario, porque me cuentan aquí todas las familias respetables con quien voy á tomar el té, que la Señora y su divino Hijo dirigen siempre algunas palabras agradables á quien va á visitarlos. Sabrá que ya obtuve para usted ciertas reliquias, unas pajas del pesebre y una tabla de las cepilladas por San José. En cuanto á la gran reliquia, aquella que quiero llevarla para curarla de todos sus males, esa espero obtenerla en breve. Por ahora, no puedo decir más..»

«Recado á nuestros amigos, en quien pienso mucho y por quien tengo rezado constantemente. Y la tía sírvase echar su bendición á su sobrino que la venera.—*Teodorico.*

«*Postdata.*—¡Si usted supiese, querida tía qué asco me ha dado hoy la casa de Pilatos! ¡Hasta le escupí! Y he dicho á la Santa Verónica que la tía tenía mucha devoción por ella. Me pareció que la Santa quedaba muy agradecida... Es lo que yo digo aquí á todos los eclesiásticos y á los patriarcas:—Es necesario conocer á mi tía para saber lo que es virtud.»

Antes de acostarme fui á escuchar pegando la oreja al tabique de ramajes azules. La inglesa dormía serena, insensible. Blandiendo el puño cerrado y amenazando hacia el corredor, bramé:

—¡Bestia!

Después abrí el armario, y saqué el delicado envoltorio que contenía la camisita de Mary y lo besé con un beso largo y alegre como un repique.

Temprano, cuando alboreaba el día, partimos para el devoto Jordán.

*

Aburrida y lenta fué nuestra marcha entre las colinas de Judea, que se suceden lívidas, redondas, como cráneos, calcinadas, yermas por un viento de Maldición. En el fulgor duro del cielo, rondaba sobre nuestras cabezas, lento y negro, un buitres. Al declinar el sol, alzamos nuestras tiendas en las ruinas de Jericó.

Sabroso fué entonces descansar sobre blandos tapices, bebiendo limonada en la dulzura de la tarde. La frescura de un riachuelo que corría entre arbustos silvestres, mezclábase al aroma de la flor que ellos daban, amarilla como la retama. Más lejos verdeaba un prado de hierbas altas, avivado por la blancura de esbeltos lirios. Cerca del agua, pasaban en parejas pensativas cigüeñas. Del lado de Judá, erguíase el monte de la Cuarentena, tor-

vo y hosco en su tristeza de eterna penitencia; y mirando hacia Moab, mis ojos se perdían en la vieja, sagrada tierra de Canaán, arenal ceniciento y desolado que se extiende como la livida mortaja de una raza olvidada hasta las soledades del Mar Muerto. Al día siguiente, con las alforjas bien repletas, nos dirigimos allí en romería. El erudito Topsius me contaba cómo aquella planicie de Canaán había sido en otro tiempo cubierta de rumorosas ciudades, de blancos caminos entre viñedos, y de aguas de regadío, refrescando los muros de los agros. Las mujeres, adornadas las trenzas con anémonas, pisaban la uva cantando; y el perfume de los jardines era más grato al cielo que el incienso. Las caravanas que entraban en el valle por el lado de Segor, encontraban más abundancia que en el rico Egipto, y decían que aquel era, en verdad, el verjel del Señor.

—Después,—agregaba Topsius sonriendo con infinito sarcasmo,—en día el Altísimo se aburrió y, lo arrasó todo.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—Pse, mal humor, ferocidad...

Los caballos relinchaban sintiendo la vecindad de las aguas malditas. Aparecieron bien pronto extendidas hasta las montañas de Moab, inmóviles, mudas, brillando solitarias bajo el cielo solitario. ¡Oh tristeza incomparable! Se comprende que aun pesa sobre ellas la cólera del Señor, si consideramos que allí yacen hace tantos siglos sin una villa agradable como Cascaes; sin claras barracas de lona alineadas á su orilla; sin regatas, sin niños y niñas que recojan poéticamente las conchas en la arena; sin que las alegren, á la hora de las estrellas, los violines de un sexteto. Allí están, muertas, enterradas entre las duras sierras, como entre las losas de un sepulcro. Caminamos algún tiempo en aquella dirección hasta que, desde lejos, avistamos en la arena calcinada una mancha de verdura triste, color de bronce. Potte gritó:

—¡El Jordán! ¡El Jordán!

Y arrebatadamente galopamos hacia el río de la

Escritura. El festivo Potte conocía, á orillas de la corriente bautismal, un sitio delicioso donde poder pasar una siesta cristiana; y allí pasamos las horas de calor, recostados en un tapiz, bebiendo cerveza después de puesta á refrescar en las aguas del río santo. Obedeciendo la recomendación de la tía, me desnudé y me bañé en las aguas del Bautista. Al principio, lleno de emoción secreta, pisé la arena reverentemente, como si fuese el paño de un altar mayor. Con los brazos cruzados, desnudo, sintiendo la corriente lenta pasar entre mis rodillas, pensé en San Juan y susurré un padrenuestro. Después reí y aproveché aquel bucólico baño entre los árboles; Potte me arrojó mi esponja; y me enjaboné en las aguas sagradas tarareando el «fado» de Adelina.

Al refrescar, cuando montamos á caballo, una tribu de beduinos, descendiendo de las colinas de Galgalá trajo sus rebaños y sus camellos á beber en el Jordán; las crías blancas y felpudas corrían balando; los pastores, con largas picas, lanzando gritos de batalla galopaban en un amplio tremolar de albornoces, y era como si resurgiese en todo el valle, en el esplendor de la tarde, una pastoral de la edad bíblica, cuando Agar era moza. Erguido en la silla, con las riendas bien cogidas, sentí un escalofrío de heroísmo; ambicionaba una espada, una Ley, un Dios por quien combatir... Lentamente se extendiera por la planicie sagrada un silencio elevado. Penetrado por las emanaciones divinas de aquellas aguas, de aquellos montes, sentíame igual á los hombres fuertes del Exodo. Me pareció ser uno de ellos, familia de Jehová, y que había llegado del negro Egipto con sus sandalias en la mano... Aquel suspiro que traía la brisa, venía de las tribus de Israel. Por los caminos, seguida de una escolta de ángeles, descendía el Arca, balanceándose sobre los hombros de los Levitas, reverdecía otra vez la tierra de promisión. Jericó blanqueaba entre los agros: á través de los palmares resonaban, acompañando la marcha, los clarines de Josué.

No me contuve y quitándome el casco, lancé este hurra piadoso:

—¡Viva Nuestro Señor Jesucristo! ¡Viva toda la Corte Celestial!

*

Al otro día, temprano, el incansable Topsisius partió á estudiar las ruinas de Jericó, esa vieja Ciudad de las Palmeras que Herodes cubriera de termas, de templos, de jardines, de estatuas, y donde había pasado sus tortuosos amores con Cleopatra... Yo, en la puerta de la tienda, echado sobre un tapiz, quedé tomando mi café siguiendo de tiempo en tiempo en el cielo, de un brillo de zafir, el blanco paso de las cigüeñas que volaban en parejas hacia Samaria.

Me puse el casco de corcho y fuí á pasearme en la dulzura de la mañana, con las manos en los bolsillos, cantando un *fado*. De repente, y sin saber de qué manera, me hallé como perdido en un sitio de gran soledad y de gran melancolía. Era lejos del arroyo y de los aromáticos arbustos de flor amarilla: ya no veía nuestras blancas tiendas. Aquel yermo me recordaba otros, los grabados donde un eremita de largas barbas medita un infolio junto á una calavera. Pero ningún solitario aniquilaba allí la carne en heroica penitencia. Solamente, en mitad del descampado, aislado, orgulloso, con no sé que raro aspecto de reliquia, se erguía un árbol tan repelente, que hizo morir en mis labios el final del *fado*...

Era un tronco grueso, corto, achaparrado: la corteza tenía el lustre oleoso de una piel negra: y de su cabeza entumecida, de un tono de tizón apagado, rompían como largas piernas de araña ocho ramas que conté, negras, mimbrosas, lanudas, y armadas de espinas... Después de mirar en silencio aquel monstruo, me quité lentamente el casco de corcho. Seguramente me encontraba delante de un árbol ilustre. Sin duda una rama igual, la novena tal vez, había sido atada en forma de

corona por un centurión romano, de guarnición en Jerusalem, para ornar sarcásticamente en el día del suplicio la cabeza de un carpintero de Galilea, condenado por andar entre pacíficas aldeas diciéndose hijo de David, y diciéndose hijo de Dios, combatiendo las viejas Instituciones y las viejas Formas. ¡Aquella rama, por haber tocado los cabellos incultos del rebelde, tornárase divina! ¡Yo tenía, ante mis frívolos ojos de doctor por Coimbra, el sacralísimo Arbol de las Espinas!

De pronto una idea cruzó mi espíritu con brillo de visión celeste... Llevaría á la tía una de aquellas ramas, la más triste, la más espinosa, como si fuese la reliquia más fecunda de milagros á la cual pudiese consagrar sus fervores de devota y pedir confiadamente los favores celestiales. Pero de repente me asaltó una duda... ¿Y si realmente una virtud trascendental circulase en las fibras de aquel tronco? ¿Y si la tía comenzase á mejorar del hígado apenas yo instalase en su oratorio, entre luces y flores, una de aquellas ramas erizadas de espinas? Pero ¿era aquel realmente el árbol santo? En esta duda, resolví consultar al sólido y sapientísimo Topsisius.

Corrí á la fuente de Elíseo donde el doctor rebuscaba piedras, cacharros, restos de la orgullosa Ciudad de las Palmeras. Pronto descubrí al luminoso historiógrafo inclinado sobre una charca de agua, desenterrando un pedazo de pilastra negra, cubierta de lodo. A su lado, un jumento, olvidando la fresca yerba, contemplando filosóficamente y con melancolía el afán, la pasión de aquel sabio, encorvado en el suelo, buscando las Termas de Herodes.

Conté á Topsisius mi hallazgo y mi incertidumbre... El se incorporó servicial, celoso, presto á las lides del saber.

—¿Un arbusto de espinas?—murmuraba enjugándose el sudor.—Ha de ser el *Nabka*... ¡Muy frecuente en toda la Siria! Hasselquist, el botánico, pretende que de él se hizo la corona de espinas... Tiene unas hojas verdes en forma de corazón como las de las de la hiedra... ¡Ah! ¿No las tiene? Per-

fectamente, entonces es el *Lycium spinosum*. Fué el que, según tradición latina, sirvió para la Corona de la Injuria. En fin, vamos á aclarar eso, don Raposo. ¡A aclararlo irrefutablemente y para siempre!

En el yermo, ante el árbol medroso, Topsisius, alzando catredáticamente la nariz, recogióse un momento á los depósitos interiores de su saber. Después declaró que yo no podía llevar á mi tía devotísima nada más precioso. Su demostración fué deslumbradora. Todos los instrumentos de la divina Crucifixión; los clavos, la esponja, la caña, un momento divinizados como materiales de la Divina Tragedia, entraron poco á poco, por exigencias de la civilización, en los usos groseros de la vida. Los clavos son un valioso herraje. La caña se usa para pescar y entra en la composición del cohete. La esponja, otro tiempo humedecida en el vinagre del sarcasmo y ofrecida en una lanza, se aprovecha hoy en irreligiosos ceremoniales de limpieza que la Iglesia siempre reprobó con odio. ¡Hasta la cruz ha perdido entre los hombres su divina significación! La cruz es un distintivo de honor: pende de los collares, se usa como dije...

—Pero la corona de espinas, don Raposo, ésa no ha vuelto á servir para nada más.

—Sí, Topsisius, sí: yo no puedo llevar á mi tía maravilla mejor. Pero la verdadera, la que ha servido, ¿habrá sido sacada de este tronco? ¿Usted qué opina?

El erudito Topsisius desdobló lentamente su pañuelo de cuadros y declaró, contra la fútil tradición latina y contra el ignarísimo Hasselquist, que la corona de espinas fuera arrancada de una zarza flexible que abunda en los valles de Jerusalem y con la cual se enciende lumbre...

Yo murmuré anonadado:

—¡Qué pena! ¡La tía hubiera visto con tanto gusto que fuese cortada de este árbol! ¡Es tan rica la tía!

Entonces aquel sagaz filósofo comprendió que hay razones de familia, como razones de Esta-

do, y fué sublime. Extendió su mano por encima del árbol, cubriéndolo con la garantía de su ciencia, y dijo estas palabras memorables:

—Don Raposo, hemos sido muy buenos amigos... Puede usted, pues, afirmar á su señora tía, de parte de un hombre que Alemania escucha en cuestiones de crítica arqueológica, que la rama que le lleva de aquí, arreglada en forma de corona, fué...

—¿Fué?—grité yo ansioso.

—Fué la misma que ensangrentó la frente del rabí Jeschoua Natzarei, á quien los latinos llaman Jesús de Nazarieh y otros también llaman Cristo.

Hablaba el alto saber germánico. Saqué mi navaja sevillana y corté una de las ramas. Mientras Topsisius volvía á buscar entre las hierbas húmedas la ciudadela de Cyprón, yo me dirigí á las tiendas en triunfo con mi preciosidad. El alegre Potte estaba moliendo café.

—¡Soberbia rama!—gritó al verme;—hay que arreglarla en forma de corona... ¡Quedaré de una gran devoción!

Y luego, con su rara destreza de manos, el alegre Potte entrelazó la rama en forma de corona santa. Resultó tan bien, que no pude contenerme y murmuré 'enternecido:

—Sólo le faltan las gotitas de sangre. ¡Jesús, lo que la tía se va á alegrar!

¿Y cómo llevaríamos para Jerusalem, á través de los cerros de Judea, aquellas incómodas espinas que parecían ávidas de rasgar carne inocente? Pero para el alegre Potte no había dificultades; sacó del fondo de su próspera alforja una fofa manta de algodón en rama y envolvió delicadamente la corona del agravio como si fuese una joya frágil. Después, con una hoja de papel de estraza y un bramante encarnado, hizo un envoltorio sólido y ligero... Yo, sonriendo, mientras liaba un cigarro, pensaba en aquel otro envoltorio de encajes y lazos de seda, oliendo á violeta y á amor, que había quedado en Jerusalem esperando por mí y por el favor de mis besos.

—¡Potte, Potte!—grité radiante.—No te figuras

lo que ha de valerme esa rama dentro de ese paquete.

Apenas Topsisius volvió de la sagrada fuente de Eliseo, le ofrecí, para celebrar el encuentro providencial de la Gran Reliquia, una de las botellas de *Champagne* que Potte traía en las alforjas. Topsisius bebió «por la Ciencia». Yo bebí «por la Religión». Y liberalmente la espuma de *Moet et Chandón* regó la tierra de Canaán.

Por la noche, para mayor festividad, encendimos una hoguera. Las mujeres árabes de Jericó vinieron á danzar delante de nuestras tiendas. Nos recogimos tarde. El envoltorio de la corona de espinas estaba al lado de mi catre. Apagárase la hoguera y nuestro campamento dormía en el infinito silencio en el infinito silencio del valle de la Escritura... Tranquilo, regalado, me dormí también.

III

Llevaría próximamente dos horas de sueño, cuando pareció que una claridad trémula, como la de una antorcha humeante, penetraba en mi tienda, y que á través de ella, una voz me llamaba lamentosa y doliente:

—Teodorico, Teodorico, levántate y parte para Jerusalem.

Arrojé la manta asustado y vi al doctísimo Topsisius que á la luz mortal de una vela se calzaba rápidamente una espuela de hierro, apoyado el pie sobre la mesa donde yacían las botellas de *Champagne*. Era él quien me despertaba apresurado y fervoroso.

—¡Arriba, Teodorico, arriba! ¡Ya están ensilladas las yeguas! Al amanecer debemos llegar á las puertas de Jerusalem.

Incorporándome en el catre, miré con pasmo al sesudo doctor.

—¡Topsisius! ¿Pero vamos á partir así, bruscamente, sin alforjas, saliendo de las tiendas como quien huye?

El erudito alemán alzó sus anteojos de oro que resplandecían con una desusada é irresistible intelectualidad. Una capa blanca que yo no le había visto